

Yo también soy catalana (Prólogo y capítulo 1)

Autora: Najat El Hachmi
Columna: Barcelona, 2004.
p. 11-27 del texto original.

(Traducido del catalán *Jo també sóc catalana* por Martin Repinecz)

PRÓLOGO

En los últimos tiempos, se habla con frecuencia de inmigración: en los medios de comunicación, en la calle, en cualquier tertulia en una terraza... Se habla de pateras, de ilegales, encierros en las iglesias, de deportados, expulsados, integrados e integristas, entre otras cosas. Son abundantes los estudios sobre la materia, cuántos han llegado y cuántos se han quedado, a qué se dedican y qué nivel de catalán tienen, cifras y más cifras que intentan aproximarse a una nueva realidad tanto incomprendida como desconocida para la mayoría, incluso temida, a menudo lejana.

Sin duda son necesarios los estudios sociológicos en una sociedad cambiante, y es lícita la dedicación de los medios de comunicación a un tema que preocupa una gran parte de la opinión pública, pero todas estas maneras de acercarse al otro, al que es diferente, dejan en segundo término un hecho fundamental: en todos estos casos, aunque sean diez o diez mil los recién llegados, aunque demuestren la voluntad de integrarse o si su viaje se ha quedado cortado en el Estrecho, en todos los casos hablamos de personas. Es obvio, es claro que se trata de personas, pero también es cierto que a las personas no las conocemos por cifras, sino por un trato directo, aquel de mirarse a los ojos y saber la existencia de alguien que de hecho es igual en tanto que es ser humano, pero que es diferente, desconocido.

Todos tenemos un sueño, un ideal imaginario cuya existencia es necesaria para seguir adelante: el mío es poder dejar de hablar de inmigración algún día, no tener que dar más vueltas a las etiquetas, no tener que explicar por enésima vez de dónde vengo, o, si no, que este hecho no tenga el peso específico que tiene. De momento, sin embargo, no parece que nuestra sociedad tenga suficiente experiencia en este campo para poder llegar a este estado de madurez en el trato de la diversidad, un trato que no debe discriminar negativamente, pero que tampoco debería ser significativo, no habría que distinguir a los individuos por el lugar donde nacieron.

Hay que luchar mucho para poder ver cumplido este sueño y mi modesta aportación a esta cruzada son las páginas que leeréis a continuación. De hecho no pretenden mucho, sólo explicar un poco de cerca mis reflexiones, la ganancia bruta que he obtenido de esta herencia paterna singular que es el proyecto migratorio. Yo ni siquiera emprendí ningún viaje por iniciativa propia que hubiera de determinar mi futuro, sólo he recogido los frutos de esta decisión tomada mucho tiempo antes de ser concebida. Soy un escalón intermedio, formo parte de lo que yo llamaría generación de frontera, también la mal nombrada “segunda generación.”

Tal vez sea por eso que yo he tenido el privilegio de poder escribir. Porque éste era uno de los problemas de hacer un libro de carácter vivencial que recogiera una trayectoria vital con relación al hecho migratorio, pero que al mismo tiempo

quiere reflejar las ideas maceradas a partir de esta trayectoria. El problema no radica en el hecho de escribir en sí, sino en el hecho de que a mí me guste escribir, que me apasione ponerme delante de una hoja en blanco (bueno, la pantalla, quiero decir, pero no parece tan poético) y afrontar las primeras palabras, encontrar un estilo, explorar recursos y divertirme, al fin y al cabo. Es por eso que este libro se perfila como una especie de híbrido transgénico: unas memorias que no son exactamente memorias, experiencias reales que parecen ficticias y un componente de análisis de este relato vivencial que no es totalmente ensayo.

Pero volvamos a la literatura. Cualquier persona que escriba puede hacerlo por múltiples razones; se suele buscar alguna cosa, una manera de canalizar la creatividad, un proceso de creación de mundos paralelos al real, una exploración del propio yo interior, etc. Hasta hace poco, había creído que esta devoción mía por la producción de negro sobre blanco se debía a una consecuencia directa del hecho de haber sido una lectora voraz prácticamente desde que aprendí a leer en catalán. Después de escribir este libro, sin embargo, veo que en realidad sólo escribo para superar mis propias barreras, para navegar entre los recuerdos (y no sólo en este relato de tipo autobiográfico, sino que en todos los relatos que empiezo hay un pedazo de mí). Lo confieso: escribo para sentirme más libre, para deshacerme de mi propio enclaustramiento, un enclaustramiento hecho de denominaciones de origen, de temores, de esperanzas a menudo truncadas, de dudas continuas, de abismos de pioneros que exploren nuevos mundos.

La herencia paterna, como he dicho antes, se puede rentabilizar mucho y se puede malbaratar en un solo día. Con el viaje migratorio se puede hacer lo mismo: ser inflexible y juzgar como negativa la decisión del padre, las condiciones del entorno, etc., o bien observar atentamente el itinerario que vamos trazando con los años y como éste va marcando una nueva manera de hacer, pensar en cada paso, cada boceto trazado en el mapa del destino para dejar madurar un pensamiento que ya no es el de nuestros padres, pero que no es del todo de las personas que nos rodean, los autóctonos. Un pensamiento de frontera que sirve para entender dos realidades diferentes, una manera de hacer, de actuar, de ser, de sentir, de estimar, una manera de buscar la felicidad a caballo entre dos mundos.

CAPÍTULO 1

“¿Qué es esto, mamá, eh? ¿Qué es?” me preguntas desde tus noventa y siete centímetros de curiosidad inquieta con los ojos abiertos de par en par. No escuchas con mucha atención la respuesta, quizá era una pregunta retórica. Tu punto de interés se desvía hacia el televisor amortiguado por el sonido de la lavadora. Te acercas y comienzas a gritar: “Me gusta el agua.” Cuando consideras que un anuncio es realmente bueno, lo sabes identificar por los primeros sonidos que emite y corres como los ratoncitos detrás del flautista de Hamelin.¹ Unos segundos después de te tumbas sobre la alfombra, no sabes que tu madre la ha puesto en el comedor añorando un poco lo de sentarse en el suelo y apoyar la cabeza en las paredes acolchadas. Tú no conoces ese mundo, todavía no, y cuando lo consigas tal vez te sea un poco ajeno. Te agarras un pie, y balanceas mientras experimentas con los puntos de vista y miras la pantalla al revés. Todos lo hemos hecho alguna vez, de repente todo el mundo está patas arriba. Haces algunas volteretas antes de buscar en tus escondites secretos un coche pequeño, pequeño, de esos que traen los huevos de chocolate. Vuelves a tu postura inicial. Después de mirarte el pie un rato, te miras los dedos de las manos y gritas escandalizado:

“¡Mira, mamá, tengo *axan!*”

¹ Ésta es una referencia a un cuento folklórico; si te interesa léelo aquí.
http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/euro/folclor/el_flautista_de_hamelin.htm

Ahora ya no mezclas tanto las dos lenguas, hay palabras que siempre dices en amazigh²; aunque sepas decir uñas, siempre te gusta usar la palabra *axan*. Tal vez porque siempre te hablé como quien habla con un compañero de viaje, desde el primer día, desde que te me pusieron en el pecho con la cabeza un poco abollado por tu paso por la vagina. Una madre aprende a descifrar el lenguaje de su hijo, no me emperraré a explicarte que todos tenemos uñas, que lo que tu pretendes expresar es que te han crecido. Sé que, con tu terquedad recurrente, todavía me llevarías la contraria durante un buen rato. Supongo que tu lengua tiene una lógica propia que nadie más puede entender. A pesar de que siempre escoges hablar en catalán, estoy segura de que tu código debe ser una amalgama de ésta y de la lengua que alguna vez, hace mucho tiempo, fue la lengua materna de tu madre.

Antes de que tú nacieras, mucho antes incluso que fueras concebido, tu padre y yo habíamos decidido que íbamos a hablarte en amazigh. No era por ningún fervor nacionalista, no, sino más bien para que tú pudieras tener una herramienta más a tu alcance para poder interpretar el mundo. No darte la oportunidad de aprender la lengua de tus antepasados habría sido un crimen contra tu formación y contra los lazos cada vez más débiles que te unen con Marruecos. Allá tienes a los abuelos paternos, los tíos, primos, veinte años del pasado de tu madre y unos veinte de la vida de tu padre, sin contar, claro está, las

² El amazigh es un dialecto de origen bereber que se habla en el Rif, una región del norte de Marruecos.

vacaciones esporádicas, alguna escapada de diez a quince días y las llamadas por teléfono a una *hanna* muy lejana. Escuchabas atentamente, y con algo de miedo, como tu padre te explicaba que ella era su madre. Quizá te sorprendía que una misma persona se pudiera llamar mamá y iaia, quizá sea sólo esta inocente sorpresa que expresas delante de todo lo nuevo que aprendes, todo se hace milagro en tus ojos de pestañas rizadas.

Durante los primeros dos años conseguimos seguir nuestro propósito, con frecuencia habíamos visto chicos marroquíes que sólo hablaban catalán o castellano y sentíamos un poco de vergüenza ajena por los padres que no estaban educando muy bien a sus hijos. Siempre hacemos juicios sobre los otros a tientas hasta que nos encontremos en una situación semejante y comenzamos de nuevo. Recuerdo haberte hecho cómplice de mis manías cuando apenas tenías unos días, explicarte con ilusión en qué consistía el cuento que iba tomando forma, hacerte una crítica llena de sarcasmo de la porquería de programas de televisión que mirábamos los dos, o hacerte una crónica detallada de la actualidad internacional. Eres uno de los mejores interlocutores que he conocido, escuchabas sin interrumpir demasiado, a veces arrugabas un poco la nariz o bostezabas una medio sonrisa de desaprobación, pero sabías guardar cualquier secreto. Ahora que sabes hablar, ya no puedo hacer eso. Hace unos meses se me ocurrió explicarte que íbamos al médico para que te examinara el pene y cuánta sería mi vergüenza cuando, una vez que estábamos en la calle, comenzaste a gritar: “¡Vamos al

médico para mirar el pene! ¡Vamos al médico para mirar el pene!”. Tal vez debería haberte explicado lo que es la intimidad, pero ¿cómo podía hacerlo?

Una bonita historia de amor, la nuestra, pasamos más noches en vela que todos los amantes de la literatura universal juntos; ninguno de ellos habría superado la prueba de los primeros cuatro meses de tu vida. ¿Qué más daba que yo tuviera sueño si tú tenías hambre? ¿Quién había dicho que las cuatro de la madrugada no era una hora perfecta para pedir un poco de diversión o para charlar? Algunas noches, ya agotada, con unas ojeras que me llegaban al suelo, después de haber despertado a tu padre, contigo en brazos llorando sin parar, sin saber bien qué querías, pensaba que tal vez unos años más adelante me reiría de la situación. Y así ha sido, ahora que te falta poco por cumplir tres años, que comes solo, vas solo al baño y eres capaz de expresar con claridad lo que te duele y lo que te molesta, todo eso queda muy lejos y no puedo recordarlo de ninguna otra manera que con una sonrisa.

¿Cómo te expresarás en navidades, cuando vayamos de viaje? La última vez que estuvimos allí todavía no habías cumplido un año, apenas comenzabas a balbucir un extraño lenguaje que nadie entendía. Al principio todas las palabras emitidas por tu pequeña boca eran del amazigh, hasta me decías *iimma* a mí, aunque ya hace mucho tiempo que me dices mamá, a veces, incluso mami. *Iimma* era verme reflejada en tus ojos con la misma imagen de mi madre, algo muy

dentro de mí se removía. Mamá es mucho más neutro, es una imagen de madre que no conozco, que no he palpado de cerca.

El gran cambio llegó con la guardería, ¡tan asustado que estabas los primeros días! Pronto, sin embargo, te acostumbraste a aquel nuevo universo y supongo que debías captar mi admiración cada vez que pronunciabas una nueva palabra en catalán. Yo sufría por si no podías hacerte entender, siempre habías sido muy hablador y de vez en cuando tu maestra me decía que no hablabas nunca. Todavía no puedo creer que en dos meses ya pudieras expresarte tan bien, pero fue así y ahora no hay quien te saque una sola palabra en amazigh.

Te has quedado dormido en el suelo, como siempre te ha gustado dormirte. ¿De dónde viene esta costumbre? Te tumbas y comienzas a mecerte todo solo cantando hasta que el sueño te venza. ¿Tal vez sabes que tu madre dormía en el suelo cuando era pequeña y que así lo hacían todos tus antepasados? No creo, pero si las costumbres también se llevan en los genes, eso forma parte de tu herencia genética.

Así, con los ojos cerrados, la sombra de tus largas pestañas bordeándote las mejillas enrojecidas, cualquiera diría que no has roto nunca ningún plato, después de un día entero de vaciar tu armario, de haber deshecho mi cama, de haber arrastrado la almohada como si fuera un caballo, de haberte ensuciado la cabeza con aquella crema tan cara que todavía no había ni comenzado a usar... Hay días que eres agotador, pero no volvería atrás por nada del mundo. De

hecho, ver como creces tan de prisa es un poco un abismo al mañana, no quiero ni imaginarme el día que te marches de casa. Todavía falta mucho, pero todo llega.

En medio de este claustro de columnas antiguas, te asomas al estanque rodeado de verdor, la panza en el suelo, las piernas bien estiradas, y contemplas embelesado, con las manos sujetando el borde casi hasta tocar el agua, la brillantez de los peces rojos que nadan aparentemente ajenos a tu presencia. No te atreves a meter los dedos porque ya me has oído decir unas cuantas veces “no.” Me miras un momento y, contento de estar en este lugar, me preguntas:

--O sea que ¿ésta es mi *virsititat*, mamá, a que sí?

--Sí, Rida, sí, es tu universidad.

La posesión debe ser bastante relativa a esta edad. Creo que para ti la universidad se debe reducir a ese estanque de agua llena de maravillosos animales rodeado por un edificio un poco extraño, da igual si es la facultad de filología o de matemáticas. Por eso siempre que tengo que venir a ver notas o a hacer algún recado, intento traerte conmigo. Cuando tenemos que irnos se produce el gran espectáculo de gritos, lágrimas y abrazos de soborno con tal de poderte quedar allí un ratito más.

Cuando apenas empezabas a palpar dentro de mi vientre, acogido por el líquido amniótico, ya los dos pasábamos por las aulas; entre mareo y mareo, nos acomodábamos como podíamos en estos estrechos bancos de madera vieja. Seguro que no los hicieron pensando en mujeres embarazadas, está claro.

En este rincón del mundo, con el ruido amortiguado del tránsito afuera (no me acostumbraría nunca a vivir en Barcelona, tanto ruido, tanta prisa, una locura), la madre deja de ser madre, esposa, hija, trabajadora, ama de casa, inmigrante, marroquí, bereber o amazigh. La madre, hijo, se despoja de todas las etiquetas y nada más es ella misma. A veces, llevada por el esfuerzo de entender algún concepto o embobada por un nuevo descubrimiento, una nueva palabra o un nuevo autor, incluso se despoja del propio cuerpo y deviene, en aquel momento, sólo pensamiento. Es sólo este impulso que me ha llevado a seguir estudiando, a coger el tren cada día durante una hora y veinte minutos de ida, una hora y veinte minutos de vuelta, a extrañarte los días que te veo tan poco tiempo, a tener que planear muchísimas cosas para encontrar un momento para repasar, para leer. Un poco egoísta, puede ser, ya lo sé, pero hasta tú pareces captar que mamá está más contenta desde que vuelve a ir a clase. Creo que mi depresión postparto no fue tal, sino que más bien, fue una depresión por el hecho de que era la primera vez en la vida que no tenía que tomar apuntes ni preparar exámenes, quizá una síndrome de abstinencia. Suerte que al cabo de seis meses ya me apunté a una academia de inglés, que debía ser como mi metadona un sucedáneo de tres o cuatro horas semanales.

Hasiba, Khadija, Faisal, Fátima, Najat... ¿Quién habría dicho que todos habíamos seguido líneas paralelas y que finalmente nos teníamos que encontrar en la facultad? Todos nosotros llegamos aquí con ocho o nueve años, algunos antes,

crecimos en un país que no era nuestro al principio y vivimos las mismas contradicciones, las mismas incertezas, extrañamos una parte de nosotros mismos, la que dejamos en Marruecos. Ahora regiremos entre crestomatías³ de Emilio García Gómez⁴, poesía de los ignorantes⁵, avaros del Jurasán⁶ y reinos perdidos para recuperar esta parcela que se desprendió de nosotros en algún lugar de este camino nuestro que no es ni de primera ni de segunda generación.

¿Y tú, hijo? ¿Buscarás entre las piedras de este edificio antiguo algo para llenar el vacío que dejará el sistema educativo en tu formación? ¿Querrás aprender la lengua árabe, aunque sea a golpes de diccionario y raíces irregulares? Al fin y al cabo, ni siquiera es la lengua de tus padres, es la lengua de los opresores en un reino donde el amazigh siempre se ha considerado de segunda categoría, un lenguaje oral, nada más, bárbaros, nos dicen. ¿Te sentirás herido el día que vuelvas a Marruecos y aquellos que ostenten el poder te hablen en la lengua del profeta, en la lengua del rey? Seguramente menospreciarán nuestros sueños, pero esta sensación no te será desconocida. Tu otra lengua, el catalán, fue en otros tiempos perseguida y menospreciada, no en vano tu madre las siente como dos lenguas hermanas.

³ Antología.

⁴ Importante estudioso y traductor español de literatura árabe (1905-95).

⁵ Denominación usada para referirse a la poesía preislámica en países actualmente islámicos.

⁶ Referencia a la obra clásica de literatura árabe, *Libro de los avaros*, del intelectual Al-Jahiz (781-868 A.D.) La obra está ambientada en Jurasán, actualmente una provincia del noreste de Irán.

Espero que tarde o temprano puedas darte cuenta de que esta amalgama de códigos lingüísticos donde creces no es más que un enriquecimiento. Espero que, como tu madre, aprendas a querer todas las lenguas igualmente, patrimonio histórico, legado más antiguo de todas las civilizaciones, músicas que nos llegan de muy lejos y que tenemos que preservar. Sabrás que no hay lengua o dialecto mejor ni peor, todos sirven para expresar nuestros sentimientos, los deseos y las frustraciones.